

tes y luego cosechemos palabras que no sean muertas.

Una cosa más: Bienvenida a mi corazón, a mi garganta, a mi piel, a mi Patria, que aunque duele sólo ha sepultado parte de mi interior.

Jueves NOV. 7 12:15 a.m.

APOLOGIA DEL INCONFORMISMO

JOSE LUIS GARCIA

Amis Compañeros:

En la enorme sala acondicionada para el oficio, se cultivaba con gran dedicación el egoísmo, la envidia y el deseo de ver a los compañeros en lo más bajo del universo. Los jefes no se veían nunca, y cuando lo hacían mostraban toda la frialdad y despotismo que la raza humana puede alcanzar. Los sumisos trabajadores se conformaban día tras día con las circunstancias laborales cada vez más en el sitio correspondiente a fieras salvajes que al de hombres. La dignidad perdida ya era difícil de rescatar, y los que trataban de dar algún paso en pos del camino no rauda que emprendía ésta hacia lejanos horizontes, era abatidos por el látigo feroz de los esquiroleros, vendidos ante las migajas ofrecidas por los amos. Las labores cotidianas de decenas de hombres y mujeres de la gran sala, pequeña en amor y poderosa en odio, no variaban nunca, y la robotización de los individuos era apreciable, hasta el punto que anatomías y espíritus humanos eran pasados a un segundo plano; primero estaba la fidelidad a las máquinas.

Entre tanto, la multitud de la calle se movía afanosa por encontrar un puesto en la gran sala, sin darse cuenta que la lotería a la que se apuntaban tenía como premio mayor un puesto de primera fila en el infierno. La mayoría de los ya ocupantes de estos puestos se sentían muy contentos y conformes con su estatus de esclavos, chupando del árbol que no les dejaba morir de hambre, los escasos frutos que sobraban y que desperdiciaba por el piso. La confusión era enorme, adentro y afuera. Sin embargo, el día menos pensado, un grupo de humildes trabajadores se extendió por todos los salones del infierno y se tomó por la fuerza las instalaciones del centro de tortura, con el fin de terminar; de una vez por todas, la encarnizada violencia desatada contra los derechos humanos. Las convicciones



Fotografía: Facultad de Comunicación Social

eran tan grandes, que por sí mismas se treparon a lo más alto del recinto y desde allí comenzaron a lanzar una millonaria ráfaga de ternura, unas incendiarias bombas de compañerismo, los cocteles molotov del amor, las granadas de fragmentación contra el odio, los disparos de conciencia necesario para hacer pensar a quienes no lo habían hecho nunca, los morteros del incoformismo y la necesarísima sapiencia de la razón, envuelta en la estela dejada por el gas lacrimógeno de la ética.

El lugar quedó transformado en el cementerio eterno de los muchos cadáveres dejados por el egocentrismo y en el paraíso cambiante de los amantes de la vida y del oficio, quienes con el tiempo se multiplicaron por montones y salieron por toda la tierra a combatir el rastro del pasado y a llenar el mundo de libertad.